nido la menor causa, ni un leve pretesto siquiera.

—¿No has visto ningun caballero en la corte del príncipe digno de llamar tu atencion, ó pecas ya de indiferente.

—Sí por cierto, he visto galanes muy bizarros; pero mi hermoso barbilampiño está celoso como un turco, y no me ha dejado respirar.

—¿Desde cuándo los servidores de mis damas han adquirido el fatal derecho de mostrarse celosos, Laura?

—Desde que nos sirven de escolta y saben todos nuestros pasos.

—¿Y desde cuándo mis hermosas damas han perdido aquella destreza, que las distinguia en todos tiempos, y que las hacia salir airosas de los lances mas comprometidos? observó la reina Margarita con maliciosa reticencia.

—Desde que nuestros caballeros han dado en mostrarse celosos, repuso Laura con perfecta tranquilidad.

—Segun van cambiando las cosas, llegará dia en que merezca mi sobrenombre de *Diana:* y quizás no estará muy lejos.

—Seria una terrible desgracia, que es indispensable conjurar.

—Sobre todo si le añaden un adjetivo, y me dicen *la casta Diana.*

—Seria una monstruosidad.

—Monstruoso es lo que me has contado, Laura. ¿Qué dirá la corte del príncipe de la amabilidad francesa?

—Puede ser que la corte murmure; pero S. A....

—Maliciosa.

—Mejor seria llamarme adivina.

—Lo mismo da, lo mismo da.

Margarita se incorporó un tanto, apoyando el codo en los mullidos almohadones; retiró con sus rosados dedos los deshechos rizos, que cubrian una gran parte de su rostro, pálido por la mala noche, y preguntó:

—Qué hora será, Laura?

—El péndulo, que desde aquí distingo, marca las ocho y media, hora que convida á dormir, particularmente despues de una noche de insomnio.

—He oido decir que D. Juan de Austria se levanta temprano, Laura, observó la reina Margarita.

—Costumbre adquirida sin duda en los campamentos, señora.

—Como he pasado mala noche, tengo una pesadez.

—V. M. puede permanecer acostada, que la será muy conveniente.

—Tenemos que salir esta tarde para Lieja.

—¿Nos acompañará el jóven príncipe?

—No sé. Estoy indispuesta, como os he dicho: se va haciendo tarde, y desearia hablar con D. Juan.

—Si S. A. es madrugador, respondió Laura con maliciosa sonrisa, nada mas fácil.

—¿De qué modo?

—Suponga V. M. que salto del lecho, tomo un peinador, me lo ajusto, calzo unas chinelas, que dejarian ver mi desnudo pié con una falda menos cumplida, y en un traje muy de mañana llego á la antecámara del príncipe; me hago anunciar, paso á la cámara, y le digo que V. M. se halla indispuesta y que desea hablarle.

Laura se habia arrojado efectivamente de su lecho, y estaba vestida del modo que acababa de describir.

—Es verdad, contestó la reina, que puede suceder como dices. Tienes un ingenio admirable.

—Y sucederá ciertamente si V. M. me autoriza, añadió la astuta camarera.

—Tienes tan buenas ocurrencias, que seria un dolor contrariarlas. Puedes hacer, querida Laura, cuanto te aconseje tu ingenio.

—Solo advierto á V. M. que las conferencias muy largas producen insomnios, añadió Laura desapareciendo como una flecha.

Sola Margarita, se inclinó hácia una mesita de noche; cojió un peine, que pasó suavemente por sus cabellos, medio perfumados aún; untó á sus labios un específico del célebre maesse Renato, que inmediatamente les daba mas frescura, color y suavidad: se miró en un pequeño espejo, embutido en estuche de nácar; pasó por su cara una toallita empapada en un licor blanco, obra del mismo perfumista: se lavó los ojos con esencia de limon, diluida en agua destilada; y satisfecha de aquel tocado matinal, tomó la misma actitud lánguida que habia tenido durante su anterior diálogo, y quizá se trazó en la mente bellos fantasmas de placer.

Una hora despues de haberse marchado Gonzalo, y momentos antes de salir Laura de la alcoba de Margarita, entró en la antecámara del príncipe el caballero Bouneville. Juan Bautista de Tarsis paseaba por ella lentamente, y acercándosele el caballero, le dijo:

—Hacedme el favor de anunciarme á S. A.

—¿Vuestro nombre? preguntó Tarsis secamente.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres. No se me olvidará vuestro nombre, y S. A. sabrá que ha estado aquí Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—No deseo que le digais mi nombre, deseo hablar con S. A.

—Desistid por hoy de ese empeño, repuso Tarsis con frialdad.

—¿Por qué motivo? preguntó el señor de Capres, encontrándose contrariado.

—Porque se halla enfermo S. A.

Eduardo no respondió á Tarsis, y se volvió no muy satisfecho, al *parador de los caballeros.*

Al salir el señor de Capres, entró en la antecámara Laura, vestida muy ligeramente, pero risueña y seductora. Cruzó la estancia, y acercándose á Juan Bautista,

—Muy buenos dias, señor de Tarsis, le dijo con alegre acento.

—Dichoso dia, hermosa señora, respondió Tarsis cortesmente.

—Desearia hablar al noble príncipe, si me lo permitís, señor.

—No es posible en este momento, y me aflije mucho, señora.

—Vengo á hablarle de parte de la reina.

—Lo siento en el alma, señora; pero S. A. está enfermo, y duerme un poco en este instante.

—Las conferencias demasiado largas tambien causan enfermedades, murmuró Laura alegremente, y despidiéndose de Tarsis, con su dulzura acostumbrada, se volvió á la cámara de la reina.

—¿Qué tenemos? preguntó Theron á Bouneville, viéndolo de vuelta en la posada.

—No he visto al príncipe, capitan Rodolfo, le contestó el señor de Capres.

—¿Por qué? preguntó Theron, frunciendo el ceño de impaciencia.

—Porque está enfermo, repuso Eduardo Bouneville.

—Esa enfermedad deja en suspenso el plan que debemos seguir, y me contraría terriblemente, murmuró Theron.

—A mí tambien, repuso Eduardo, quedando los dos descontentos de la enfermedad del austriaco.

Laura entró en la alcoba de la reina, riyendo estrepitosamente, y se dejó caer sobre el lecho con su franqueza habitual.

—¿Por qué te ries, Laura? preguntó la hermosa reina Margarita.

—Porque la conferencia de anoche tiene al príncipe enfermo en cama, repuso Laura, estremando su hilaridad.

—¿Qué dices? preguntó Margarita, pintada en su rostro la sorpresa.

—Que no he podido ver á D. Juan, porque me ha dicho Tarsis, que está enfermo y que en este instante reposa.

La reina se mordió los labios que acababa apenas de ungir, y dijo á Laura con una sonrisa de despecho:

—Manda que apresuren al momento los preparativos de mi viaje, añadiendo para su interior: duque de Alenzon, ya tienes en mí una aliada, ya puedes aspirar con fruto á la dominacion de Flandes.

—Mucho has tardado, ¡vive Dios! decia D. Juan al jóven paje, viéndolo entrar en su aposento, al mismo tiempo que la reina formaba proyectos de venganza.

—Y pensaba no venir, señor, repuso Gonzalo tristemente.

—¿Por qué, Gonzalo? preguntó el príncipe, sentándose sobre su lecho.

—Vuestra alteza me dijo, que no viniera sin *la dama negra*, y *la dama negra* salió de Namur una hora antes de amanecer.

—Bien se ha vengado, murmuró el príncipe y despidió al paje con la mano.

Tres personas se habian propuesto realizar tres planes distintos, y los tres quedaron fallidos, porque el *hombre pone y Dios dispone.*

CAPÍTULO XIX.

EL CONDE DE BARLEMONT.

Los caballeros de la corte del príncipe y las damas de Margarita deploraban la enfermedad de D. Juan de Austria; repentina indisposicion que ponia coto á los placeres, y que apresuraba quizás la partida de la jóven reina, para la cual se habian comunicado las órdenes con beneplácito del gobernador, que veia roto su insoportable cautiverio.

Alrededor del lecho de D. Juan estaban Octavio Gonzaga, Andrés de Prada, el conde de Barlemont y el señor de Hierges, su hijo, guardando religioso silencio.

—¿Qué tenemos, conde de Barlemont? preguntó el príncipe.

—Señor, está indispuesto V. A. y se fatigará demasiado si nos ocupamos de negocios, aunque los hay bastante urgentes.

—No es tan grave mi enfermedad que me impida ocuparme de ellos. Hablad, conde, si teneis que darme algunas nuevas.

—Señor, diariamente entran en Namur varios soldados alemanes, y segun creo, entran con no buena intencion.

—¿Se presentan en mucho número? preguntó D. Juan tranquilamente.

—En número considerable. Pasarán de doscientos, señor, repuso el anciano.

—Conde, os engañan vuestros espías, si no están ellos engañados.

—Señor, aseguro por mi honor que no serán en menos número.

—Pero sí en mayor, noble conde. Mas de quinientos aventureros se alojan en Namur: las posadas están plagadas de alemanes.

—No creo, señor, que los conjurados lleguen á quinientos.

—Conde, lo sé por un conducto muy seguro. ¿Y qué dicen los aventureros? ¿Cómo se espresan los conspiradores alemanes?

—Dicen, que vienen á pedir los atrasos que se les adeudan.

—Es verdad, conde, que eso dicen. ¿Y quiénes son sus jefes?

—No reconocen jefe, señor, y cada cual obra por su cuenta.

—Os engañan lastimosamente. En el *parador de los caballeros* paran tres hombres, conocidos vuestros y mios. Se llama el uno, el capitan Roberto, comisario imperial en Malinas para arreglar las cuentas, que fué causa de romper las negociaciones: el segundo se hace llamar capitan Rodolfo, y se llama Mos de Theron: el tercero es Eduardo de Bouneville, señor de Capres. Estos son los jefes ocultos de los aventureros que llegan: estos son, conde, los que reunen á los soldados alemanes.

Todos miraron á D. Juan, admirados de que tuviera unos informes tan ecsactos, el príncipe continuó:

—Estos jefes han formado planes distintos, con arreglo á sus diversas instrucciones y á los bandos

que representan. Bouneville, como representante de los Estados generales, juguetes hoy de los partidos mas estremos, viene á proponerme que vuelva á Bruselas, donde no tengo que temer: Theron y Roberto organizan su hueste en Namur, para apoderarse de mi persona, si no cedo á las instancias de Bouneville.

—Permitidme, señor, dijo Octavio, que dé mi parecer.

—Gonzaga, puedes emitirlo con franqueza.

—Estoy cansado, señor, de huir delante de nuestros enemigos, y una vez que les he hecho frente no he tenido de qué arrepentirme: conmigo y otros dos caballeros, basta para enseñar á esos bandidos que nos estorban en Namur.

—¿Qué opinais, conde de Barlemont? dijo el príncipe, no queriendo contradecir por sí mismo el parecer de Octavio Gonzaga.

—La opinion de este caballero, repuso el conde con la autoridad de los años, es sin duda la de un valiente, y yo me asociaria á la empresa si tuviera su misma edad; pero como soy viejo, señor, reflecsiono maduramente. ¿Qué adelantaria nuestra causa con la muerte de esos tres menguados? Creo que nada. Todos los partidos á una voz dirian, que los partidarios del príncipe asesinaban en detal á los amigos de las libertades flamencas; Namur daria muestras de disgustos, tomarian parte los aventureros, y sin soldados ni defensa, tendriamos que huir vergonzosamente ó que perecer en la demanda. Esta es mi respuesta, ilustre príncipe.

—Morir con gloria, dijo Gonzaga, es la mejor muerte de un guerrero: vivir sin honra, la infame vida de un cobarde.

—Vos y yo, dijo el anciano conde, podemos morir sin desdoro combatiendo una insurreccion, y aun adquirir alguna gloria; pero el vencedor de Lepanto solo hubiera hallado digno sepulcro en su galera capitana.

—¿Qué respondes, Octavio Gonzaga? preguntó D. Juan afablemente.

—Respondo, que soy un loco rematado, y que el conde tiene razon.

—Sin embargo, interrumpió Prada, se hace inevitable la guerra, y cada momento que perdamos en hacer los preparativos, será, señor, un tiempo precioso lastimosamente malgastado. Esta es mi opinion, y aunque humilde oso someterla al consejo.

—Antes que todo es indispensable, observó con tino el señor de Hierges, buscar un asilo seguro, para ver venir los sucesos.

—Y manifiestamente vemos, repuso Gonzaga, que Namur no presenta esta circunstancia, y aun está muy distante de ella.

—Su ciudadela, dijo el príncipe, ofreceria algunas ventajas. Pensémos, amigos, seriamente en la ciudadela de Namur.

—Su ciudadela está en poder de Mos de Iber, soldado entero, y no podemos, señor, contarlo en el número de nuestros amigos, observó Gonzaga, desconfiando del veterano Mos de Iber.

—Ni en el de los contrarios tampoco, repuso el príncipe D. Juan.

—Pero.... tartamudeó el valiente Octavio, y el austriaco añadió:

—Frecuentemente has dado pruebas de valor, y hasta de osadía, y me has aconsejado pasos por lo temerarios imprudentes; yo quiero á mi vez tentar uno; y contando con el valor, no será estraño que nos proteja la fortuna.

—Hablad, señor, y Octavio Gonzaga será el primero en el peligro, dijo Gonzaga, arrepentido de haberse mostrado prudente.

—Delante de mí no irá nadie, repuso el príncipe con firmeza.

—Pero marcharé en pos del capitan invicto como un soldado....

—Muchos soldados os disputarán ese honor, dijo el conde con enerjía, y poniendo mano á la espada.

—Esa será la mejor prueba de que honra mucho merecerlo, observó Gonzaga cortesmente.

—Cada palabra que pronuncias, interrumpió el príncipe, me asegura el cumplido logro de mi intento, y así ocupémonos solamente de los medios de ejecutarlo. Esta tarde saldrá de Namur la esposa de Enrique de Borbon, y como veis, mi enfermedad me dispensa de acompañarla. Vos, conde, como gobernador de la provincia, la acompañaréis hasta dos leguas de la ciudad, seguido de mis caballeros. Despues de cumplido este deber, ¿entendeis? despues de cumplido, daréis las órdenes para una partida de caza, á la que deberán seguirme todos mis nobles caballeros. Esta partida tendrá lugar mañana al despuntar el dia.

—Considerad, señor, dijo el conde, que estais enfermo.

—Para mañana ofrezco estar bueno, Barlemont.

—Comunicaré vuestras órdenes, repuso el anciano caballero.

—Las comunicaréis cuando volvais de haber despedido á la reina. Hasta entonces profundo silencio. ¿Me habeis entendido, Barlemont?

—He comprendido perfectamente el mandato de V. A.

—Mañana comerémos, señores, en la ciudadela de Namur.

Iban á manifestar su contento los individuos del consejo, y á recibir seguramente algunas instrucciones del príncipe, cuando apareció el paje Gonzalo, y dijo:

—Señor, la reina de Navarra y su comitiva pretenden despedirse de V. A.

—¿En dónde están? preguntó el príncipe.

—En la antecámara, señor, dijo el intrépido Gonzalo.

—Dí á S. M. que tendré un placer en recibirla.

Gonzalo salió, y poco despues entró la reina de Navarra, seguida de todas sus damas y buen número de caballeros: los del príncipe salieron á la cámara, y pasando la reina á la alcoba, tomó asiento á la cabecera de la cama, preguntando, con aquella sonrisa que ya era preludio de un favor y ya máscara de una perfidia:

—¿Cómo estais, príncipe D. Juan, cómo estais?

—Bastante indispuesto, señora, repuso D. Juan cortesmente.

—Lo siento en el alma, noble príncipe, dijo la reina con grandes muestras de interés.

—Yo tambien lo siento, porque me quita la satisfaccion de acompañaros, ilustre reina, hasta los mismos baños de Spa.

—¿Y á qué achacais vuestra dolencia? preguntó la reina de Navarra, cada vez con mayor dulzura.

—No conozco su causa, señora, respondió D. Juan algo turbado.

—¿Tal vez la aparicion de anoche? dijo Margarita á media voz, y con espresion tan afable, que cualquiera hubiera creido pronunciaba una de las frases amorosas que solian salir de sus labios.

—Os juro, señora.... murmuró el príncipe.

—No os afaneis en esplicarme una aparicion misteriosa, muy chocante en otros paises, pero que no causa admiracion en las provincias confinantes con la Alemania.

—Sin embargo.... murmuró de nuevo el austriaco.

—Solo me duele, volvió á interrumpir Margarita, que las *damas.... negras* tengan tanto influjo sobre las almas de los héroes.... Bien que los grandes hombres, D. Juan, son comunmente fatalistas.

—El fatalismo en la desgracia es peor que la muerte, señora.

—No prolonguemos, dijo la reina levantándose y tendiendo su diestra al príncipe, una discusion que por momentos toma un carácter melancólico. Adios, príncipe D. Juan de Austria: espero que recordaréis algun dia haber hospedado á Margarita de Valois.

—Lo recordaré á cada instante, repuso D. Juan con amargura.

El príncipe estampó sus labios en la mano de Margarita, y un movimiento de repulsion separó casi instantáneamente aquellos dos séres antipáticos.

El gobernador general encontró algunas palabras corteses que dirijir á la comitiva de la reina, y Margarita se retiró, seguida del anciano conde, de Gonzaga y demás caballeros que se aprestaban á despedirla.

Gonzalo quedó con el príncipe, y con el entusiasta candor de las primeras aficiones le preguntó:

—¿Cómo se encuentra V. A?

—Enteramente bueno, Gonzalo, repuso al momento D. Juan.

El paje dilató sus pupilas, asombrado de aquella respuesta; y no adivinando la causa de aquella finjida enfermedad, balbuceó:

—Entonces....

—Esta enfermedad es un misterio. ¿Qué has sabido de la *dama negra*?

—Nada, señor.

—Entonces, su rápida marcha....

—Es un insondable misterio.

—¿Nada has podido averiguar de maesse Albino?

—Nada, señor: el posadero se hace lenguas ponderando la generosidad de la jóven y su prodigiosa hermosura: asegura que nada sabe de su paradero, y con tono de proteccion y confianza añade....

—¿Qué añade, Gonzalo? dijo el príncipe, saltando del lecho.

—Que la *dama negra*, señor, es sin disputa una princesa.

D. Juan volvió á echarse en su lecho, con el horrible desconsuelo de una esperanza en flor marchita: despidió á Gonzalo con un ademan imperioso, y apretándose la cabeza con ambas manos, como si temiera que estallase, enjugó con despecho una lágrima, avergonzado de llorar; como si el corazon del hombre no llorase lágrimas de sangre á cada tormento de amor.

CAPITULO XX.

LA CAZA.

Barlemont, Gonzaga y demás caballeros del príncipe, acompañaron á Margarita hasta dos leguas de la ciudad; despidiéndose allí de una corte que podia llamarse de la hermosura, siéndolo del vicio al mismo tiempo: tan impuro incienso se quemaba al pié de aquella Vénus griega. Ni un momento dieron descanso los caballeros de D. Juan á sus arrogantes corceles, que piafaban y hacian corvetas, respirando fuego y salpicando sus anchos pechos de nevada espuma, é inmediatamente retrocedieron á Namur. El anciano conde de Barlemont dió al punto sus disposiciones para la partida de caza, con admiracion de la corte, que creia al príncipe mas enfermo; y á las cinco de la mañana del dia 27 de Julio, el príncipe D. Juan de Austria al frente de sus caballeros, cincuenta en número, salia por la puerta de Entry, en traje de caza y con los arreos necesarios para una completa batida.

Al relincho de los caballos, que saludaban como los de Darío la salida del sol, se unian los ruidosos de la jauria, y poco despues el ronco son de la cornetas, repetido por los ecos lejanos, que tomaban parte en aquel concierto matinal. Torció el príncipe sobre la izquierda, y se perdió en un espeso soto, formado en un profundo valle, ceñido por una cadena de montañas y los cauces del Sambra y Mossa.

En aquella montería improvisada no se habian tomado las precauciones que casi aseguran el écsito: á las diez estaban los caballos cubiertos de polvo y sudor, pero ni una sola res recompensaba el afan de los cazadores.

El gobernador general parecia poco satisfecho, y poniendo espuelas al caballo, empezó á subir la agria cuesta que á la ciudadela conducia. Seguian tras él los caballeros, aguijando los cansados brutos, y el señor abad de Maroles dijo al príncipe:

—Debemos descansar, señor, en alguna de estas ermitas, pues temo que nuestros caballos no puedan llegar á la cumbre.

—Cuando mi caballo caiga muerto, subiré á pié, señor abad; repuso D. Juan aguijando.

—Buen ánimo, conde de Barlemont, decia Gon-

zaga alegremente: el terreno está un poco áspero, pero con todo os desafio á tocar primero la cima.

—Hablais como jóven, Gonzaga, replicó el conde en el mismo tono; y ganaréis muy poca gloria triunfando de este pobre viejo. Pero ¡vive Dios! que mi hijo parece dispuesto á vengar á su anciano padre: mirad, mirad, como galopa.

—Buen alazan trae, señor conde.

—Y buen ánimo, segun parece. Espuela, espuela, caballeros, que el príncipe nos adelanta cincuenta cuerpos de caballo.

—S. A., dijo el marqués de Abre, lleva un valiente tordo árabe, que bien vale dos mil florines.

—Y unos acicates, añadió Ariscot, capaces de animar á una piedra.

—Ánimo, ánimo, caballeros, que ya está el príncipe parado en el postigo del Socorro, dijo Barlemont.

Con efecto, D. Juan de Austria habia llegado á los muros de la ciudadela, y dirijiéndose á un soldado, que cantaba sobre una almena en mal francés una cancion bastante en boga, le decia:

—Camarada, ¿tendrás la bondad de bajar y abrir el postigo?

—Hola, hola, señor estranjero, dijo el soldado levantándose, ¿os parece que ese postigo se abre sin su cuenta y razon?

—Pues es preciso que se abra, repuso D. Juan alegremente.

—Es necesario que lo mande el señor alférez de guardia.

—Pues llámalo; y no lo pienses mucho, porque quiero entrar sin demora.

—¿Y quién le diré que lo busca? preguntó el soldado.

—El gobernador general, repuso D. Juan con altivez.

—¿El príncipe? preguntó el centinela, no dando crédito a lo que oia.

—D. Juan de Austria, añadió el príncipe en el mismo tono de mando.

A estas palabras el soldado salió respetuosamente y desapareció, cumpliendo la órden que acababan de darle.

El anciano conde de Barlemont, Octavio Gonzaga, el señor de Hierges y Andrés de Prada, se reunieron inmediatamente con D. Juan; llegando momentos despues el marqués de Abre, el duque de Ariscot, Juan Bautista de Tarsis y todos los demas caballeros, seguidos de varios monteros del príncipe, cuando el alférez y varios soldados coronaban la espesa muralla con curiosidad y recelo.

—¿Qué gentes? preguntó el alférez, retorciéndose los mostachos.

—El gobernador general, respondió el príncipe, descabalgando con el arcabucete en la mano y dando el caballo á un montero.

—Y el gobernador de la provincia, añadió el conde de Barlemont, descabalgando con mas ajilidad que sus muchos años prometian, é imitándole todos los demas caballeros.

—¿Y qué desea el señor gobernador general? volvió á preguntar el alférez, torciéndose de nuevo el mostacho.

—Que bajeis el puente y abrais el postigo, repuso el príncipe.

—Eso se hará cuando lo mande el caballero Mos de Iber.

—¡Vive Dios! que quien así resiste las órdenes de D. Juan de Austria, es un traidor vil y cobarde! gritó D. Juan con entereza.

—Mi obligacion....murmuró el alférez temiendo el enojo de D. Juan de Austria.

—Es obedecer al gobernador general, repuso el austriaco secamente.

—Pero....insistió de nuevo el alférez, no sabiendo á qué decidirse.

—¡Soldados, ya veis que se me niega la entrada! esclamó D. Juan, dirijiéndose á los que el muro coronaban.

—¡Viva D. Juan de Austria! gritaron todos los soldados á una voz.

El alférez no creyó prudente resistir las órdenes del príncipe, ni mucho menos oponerse al entusiasmo de los soldados; y cayó el puente levadizo, gimiendo las pesadas cadenas que lo mantenian suspenso. D. Juan se adelantó al instante, cruzó el puente, pasó al postigo, y rodeado de sus caballeros, se encontró por fin en el recinto de la formidable ciudadela.

Una mirada de inteligencia se cruzó entre el príncipe, el conde, Gonzaga y los hijos de Barlemont, en el momento que Mos de Iber, seguido de algunos capitanes, se presentaba ante D. Juan.

El semblante del castellano manifestaba profunda sorpresa, y disimulaba con trabajo su descontento y sus temores.

—Señor, dijo saludando al príncipe, no sospechaba que V. A. quisiera honrarme, presentándose en este murado recinto.

—Caballero, replicó el príncipe severamente, no creo que el gobernador general necesite pasar prévio aviso para visitar las fortalezas, y en su consecuencia he venido sin contar con vuestro asentimiento.

—Los Estados generales, señor, encomendaron á mi cuidado la ciudadela de Namur, repuso Mos de Iber secamente.

—El gobernador general, legítimo representante de S. M. Felipe II, en el ejercicio de su autoridad, se apodera de este castillo, en nombre del rey cuyo es, respondió D. Juan con frialdad.

El resuelto ademan del príncipe, la majestad de su mirada y el firme acento de su voz, impusieron á Mos de Iber, que no sabia cómo conducirse en aquel trance. D. Juan adivinó la lucha que sufria el pundonoroso militar, y queriendo terminarla pronto, decidiéndola en su favor, añadió con mas entereza:

—Veo, Mos de Iber, que cumplís mal vuestros deberes de gobernador, pues al pisar este castillo, debíais haber puesto en mis manos sus llaves.

El castellano hincó una rodilla y presentó las llaves al príncipe sin pronunciar una palabra.

—Acabais de cumplir un deber, añadió el príncipe en el mismo tono, y recibiréis el galardon. ¿Jurais, caballero Mos de Iber, tener y defender este castillo en nombre de S. M. el rey de España, conde de Flandes y señor de los Paises Bajos, D. Felipe II?

—Sí juro, repuso el castellano.

—¿Jurais fidelidad al gobernador general D. Juan de Austria, en tanto que el rey lo mantenga en tan honroso encargo?

—Sí juro, volvió á decir el castellano.

—¿Me haréis el debido homenaje por el castillo de Namur?

—Hago homenaje á V. A. como á representante de S. M. el rey católico.

—Tomad, Mos de Iber, estas llaves, y cumplid como caballero lo que habeis jurado á fuer de tal.

El castellano recibió las llaves de manos del ilustre príncipe, y volviéndose éste á sus caballeros, añadió:

—Señores, á vuestras instancias salí de Bruselas, porque temíais, y á la verdad no sin razon, las traiciones y viles asechanzas de nuestros comunes enemigos, que lo son tambien del bienestar de las provincias. Retirado á Malinas, los traidores siguieron al punto mis huellas, y vosotros mismos me rogasteis, que aprovechando la venida de Margarita de Valois, abandonara tambien á Malinas, en cuyo recinto no tendria nunca seguridad. Vine á Namur, siguiendo siempre vuestros consejos y deseos, y á Namur llegaron los traidores antes que nosotros, caballeros. Cansado de errar fugitivo como un cobarde malhechor, he querido buscar un asilo, y la fortaleza de Namur llenaba todos mis deseos. Hoy he pisado su recinto, y aquí fijo mi residencia, hasta que el estado de los negocios y las instrucciones del rey me permitan restablecer su autoridad. Todos vosotros habeis seguido mis pasos voluntariamente: solo el lazo de la amistad os une á mí: todos sois libres para quedar en este castillo ó marchar adonde bien os plazca. Nadie se crea comprometido; no tema nadie mis reconvenciones ni mi desagrado mucho menos. Quien no quiera despedirse de mí, puede marcharse sin hacerlo, y el gobernador está autorizado para dejarle el paso libre.

—Traidor será, príncipe, y cobarde, quien abandone á V. A., dijo Ariscot resueltamente.

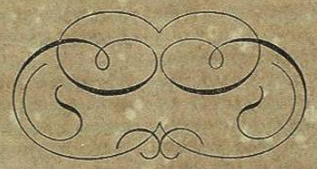
—Traidor y cobarde será, añadió el marqués de Abre.

—Traidor y cobarde será, repitieron cincuenta voces.

—Ruego á V. A., dijo entonces el señor abad de Maroles, que me permita retirar.

Un murmullo de reprobacion acojió las palabras del abad; mas imponiendo D. Juan silencio, dijo:

—Señor limosnero mayor, podeis marcharos cuando os plazca: y dirijiéndose á los demas añadió:

—Hoy es, señores, el primer dia de mi gobierno.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.